

Cordero Ulate, Allen. **PARTE UNO. Notas para una teoría socio-política del turismo.** *En publicación: Nuevos ejes de acumulación y naturaleza. El caso del turismo.* Cordero Ulate, Allen. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Julio 2006. ISBN 987-1183-58-5

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/allen/Notas%20para%20una%20teoria%20.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

NOTAS PARA UNA TEORÍA SOCIO-POLÍTICA DEL TURISMO

LOS ESTUDIOS sobre turismo enfocados desde una perspectiva socio-lógica o antropológica apenas se encuentran en una fase muy inicial en América Latina. Como corresponde a la primera infancia de un tema, sus primeros pasos son inseguros y tambaleantes. Así como el infante menor, cuando empieza a caminar se apoya en los objetos que tiene a la mano, una silla o la pata de una mesa, de igual manera la ciencia social que toma como su objeto al turismo intenta orientarse en un mar de hechos problemáticos y a primera vista azarosos, que en su conjunto concretan la realidad del turismo. Así como el niño corre hasta la silla más cercana, el investigador social del turismo se aferra a lo que le resulta más conocido como punto de apoyo para lanzarse a la aventura incierta de la sistematización, tratando de establecer puentes explicativos entre lo conocido y lo desconocido y, al mismo tiempo, esforzándose por establecer los primeros esbozos del mapa social del turismo.

A través de este estudio se intenta dar los primeros pasos en un objeto que de suyo es múltiple y escasamente tratado. Además, cuesta trabajo ponerse a pensar en turismo desde una óptica intelectual. Tal vez, antes que pensar en trabajo, cuando se piensa en turismo, se prefiere dejar la imaginación libre hacia el disfrute de lo múltiple, hacia la liberación del ocio, antes que estar sometiénolo a un esquema analítico, ejercicio que en primera instancia pareciera masoquista, pues la primera reacción natural que tenemos es que el ocio se echa a perder

con el trabajo. Pero, fuera de estas dispersiones evasivas, es obvio que el turismo constituye un tema digno de pensarse, pues tiene que ver con una realidad cada día más palpable en numerosos países latinoamericanos, relacionada tanto con el eje económico de la acumulación como con la posibilidad de recrear cualificadamente la fuerza de trabajo. El turismo, entonces, puede ser estudiado desde una doble perspectiva. Una que tiene que ver con la producción de los servicios turísticos (en tanto eje de acumulación) y otra con las formas de acceder a esos servicios; por ende, se puede abordar tanto a partir de la esfera productiva como de la distributiva.

Una sociedad se retrata en el propio terreno de lo turístico, es decir, prolonga su realidad social en la forma como vive su ocio y, en este sentido, en el modo en que desarrolla su vivencia turística. Así, los países pueden dividirse en dos: los que producen bienes turísticos y aquellos que los consumen. Del mismo modo, la igualdad interna de una sociedad se puede medir no solamente en términos de índices de pobreza o de igualdad sino, además, en términos de acceso igualitario o diferenciado a los bienes turísticos. El turismo recoloca en un plano específico el grado de desarrollo de una sociedad, desnuda el subdesarrollo de otras y testifica, a veces con particular crudeza, las desigualdades internas que caracterizan a un país o una región.

En algunas sociedades antiguas, los esclavos llevaban en andas a sus gobernantes, haciendo patente el contraste social y la diferencia en términos de acumulación de poder. En las modernas sociedades, el desarrollo del turismo en regiones golpeadas por la miseria recuerdan la imagen imperial esclavista, como cuando los guías locales pobres conducen a los asombrados visitantes a través de monumentos arqueológicos semienterrados en la selva, o los dirigen por escabrosos caminos hacia las minas del oro verde; la belleza natural desbordante, admirada desde las cumbres de los macizos o navegando entre los rápidos de los caudalosos ríos. También, el contraste es patente en medios urbanos, cuando se observa al botones solícito que se apura para sostener la maleta del visitante exigente.

Esta relación entre las personas que se expresa en el turismo es contradictoria, dinámica, y muy importante de ser estudiada. Lejos de que los mundos sociales que crea el turismo sean armónicos (como una visión de *marketing* turístico superflua estaría interesada en publicitar), estos son internamente contradictorios. Los países latinoamericanos, sobre todo los de importante desarrollo turístico, se colocan principalmente como oferentes de servicios. Muy pocas son las personas de esos países pobres que tienen la oportunidad de salir de sus lugares de origen a hacer turismo. El turismo nacional es cada vez más restringido debido a las dificultades en que la crisis económica coloca a las familias y a los individuos de tales países. Esto conlleva a que en los países

pobres de desarrollo turístico importante, significativos sectores de la población deben trabajar bajo las condiciones que los coloca el capital transnacional turístico. La contradicción social no puede ser más impactante: por un lado, los turistas extranjeros escalando las cumbres del placer recreado; mientras que, por otra parte, puede observarse a la población local con placer recortado. Esta contradicción se ubica laboralmente en el turismo cuando una gran cantidad de población local debe emplearse en el turismo, como recurso último de sobrevivencia, ante el recorte de posibilidades y la pérdida, incluso, de los bienes locales a manos del “desarrollo” turístico. Este es el plano evidente y palpable de la contradicción social.

Otra contradicción que se debería estudiar en el marco de las investigaciones turísticas es la que enfrenta a la economía como tal con la naturaleza. Como es sabido, las distintas versiones de escuelas de economía política clásica –básicamente, la economía política académica de David Ricardo y Adam Smith y, por otro lado, la crítica que hacen de ella Marx y Engels–, si bien visualizaron que la contradicción básica de la vida económica es precisamente la que enfrenta el desarrollo de las fuerzas productivas con la naturaleza, priorizaron habitualmente a las fuerzas productivas. El horizonte humano era previsto como una lucha triunfal de esas fuerzas productivas sobre la naturaleza. Dentro de algunas de esas concepciones, la naturaleza era prácticamente intelectualizada como la enemiga de la humanidad. Tal enemiga era vencida por el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que traía como consecuencia el progreso material y, por consiguiente, espiritual de la humanidad.

Claro está que no habría que exagerar los puntos de encuentro entre la economía política académica y la marxista puesto que, mientras los primeros elevaron a categoría máxima la fórmula del libre mercado, Marx propuso una salida para acabar con este, colocando en su lugar la regulación socialmente controlada de la producción, a través de la sociedad comunista planificada. Esta tendría la tarea de lograr el desarrollo material de acuerdo con una priorización democráticamente elaborada de las necesidades sociales y no como ocurre dentro de la lógica capitalista, es decir, mediante una incesante compra y venta de las mercancías a través de los mecanismos del libre mercado, incluso de las mercancías provenientes de la explotación directa de la naturaleza.

La semejanza en lo que respeta al punto de partida entre economistas clásicos académicos y el marxismo, esto es, el considerar la contradicción entre humanidad y naturaleza de un modo unilateral, ha facilitado la formulación de ciertas críticas posmodernistas al marxismo, inscribiéndolo como parte de la misma (sin)razón moderna: una razón enfilada hacia la maximización eterna del desarrollo econó-

mico¹. La conclusión de algunos de estos pensadores es obvia: Ricardo y Marx son lo mismo; a ninguno de los dos les importó la naturaleza. Un ejemplo de este tipo de elaboraciones se plasma en un autor político-económico inglés actual, John Gray, para quien el pensamiento de la ilustración era uno solo, esto es, el de la “soberbia racionalista” y de un pretendido progreso económico; ubicando a Thomas Jefferson, John Stuart Mill y Karl Marx como máximos exponentes de ese proyecto (Gray, 2000: 12-18).

Desde esta perspectiva, todos los pensadores serían lo mismo, pues ¿que corriente teórica o social se preocupó por la naturaleza a mediados del siglo XIX? Durante ese siglo, como también durante buena parte del siglo XX, la conciencia ambiental era aún prácticamente nula. Esto es, la agenda natural no había aparecido aún en el horizonte social y político de aquella época. Este unilateralismo “productivista” no es exclusivo del marxismo, ni de David Ricardo o del conjunto de la economía política del siglo XIX, sino que hay cada vez más certezas de que incluso las culturas indígenas más desarrolladas de América Latina decayeron, entre otras razones, por el impacto de las propias contradicciones acumuladas en sus relaciones con la naturaleza, acarreado de ese modo cataclismos o derrumbes ecológicos².

Claro está, en el caso del marxismo son muchos los unilateralismos que hoy, a una distancia de siglo y medio de algunas de sus principales obras, se le están atribuyendo. Pues a la escasa sensibilidad ambientalista, se le puede agregar también que no tuvo perspectiva de género, y que además participó de muchos de los prejuicios colonialistas de la sociedad en la que se desarrolló, la europea. Algunas de las personas que han señalado las graves lagunas del pensamiento marxista, acaban extrayendo la infaltable conclusión acerca de la falibilidad del marxismo. Aquellos que así piensan parecen pedirles a los pensadores clásicos una especie de predictividad “nostradamunesca”,

1 Samir Amin ha liberado a Marx del pecado economicista, ya que considera que sus pretendidos herederos fueron los responsables de dicha degeneración. Así, para dicho autor, la crítica al capitalismo alcanzó su estadio decisivo en la obra de Marx, pero ese pensamiento degeneró en economicismo con la II y III Internacional. A tal fenómeno, Amin lo llama “sistema utópico de gestión racionalizada”. Por su parte, la crítica posmodernista al capitalismo es mucho menos radical que la enarbolada por el marxismo. Las elaboraciones posmodernistas tienen el mérito de haber desnudado el carácter metafísico del discurso burgués post-ilustrado. Pero tales críticas no pasan más allá de las propias fronteras del pensamiento burgués (Amin, 1999: 163-164).

2 En el caso de la civilización maya, asentada en el sur del actual México y en el norte de la actual Centroamérica, porción sureste del área cultural mesoamericana, los estudios recientes informan que uno de los factores probables de su decadencia fue, precisamente, la degradación ambiental, expresada en problemas como la deforestación y el agotamiento de las tierras de cultivo, tanto en cantidad como en fertilidad (Henderson, 1994: 61-133).

puesto que, prácticamente, en lo que respeta a la ciencia social, se puede predecir, sólo por suerte, el futuro lejano, y jamás los acontecimientos puntuales, hazaña sólo alcanzada por Nastradamus, según cierta sabiduría de pacotilla.

A distancia histórica, no hay pensador o pensadora por visionario/a que sea que logre caracterizar con precisión el futuro, a lo sumo pueden hacerse ejercicios de extrapolación histórica a partir de las tendencias principales que dominan la situación en cierto período histórico. Y es que resulta prácticamente imposible predecir las infinitas posibilidades de diferenciación social y cultural. Tal vez, en el caso de Marx, lo que se le podría criticar con mayor fundamento es la limitante en lo que se refiere a su posición respecto de las luchas nacionales, pues pudo observar algunas de las modernas reivindicaciones nacionales, como en los casos de Irlanda y los países latinoamericanos. Pero en lo que respecta a las luchas por la igualdad de género y las que aquí comentamos acerca de la conservación ambiental, sólo se desarrollaron plenamente durante la segunda mitad del siglo XX, un siglo después de su obra.

Los movimientos sociales en torno a la defensa del medio ambiente surgen en el siglo XX, y tienen como origen el hecho de que, finalmente, la contradicción básica vislumbrada por la economía clásica, entre fuerzas productiva y naturaleza, empezó a resolverse a favor de las fuerzas productivas. Paradójicamente, este triunfo de la razón económica significó, al mismo tiempo, la derrota de la propia humanidad debido a las consecuencias que empezaron a hacerse plenamente visibles en términos de medio ambiente, tales como la destrucción de los bosques naturales debido a la explotación maderera y la utilización de la leña como fuente energética; la contaminación de las aguas, haciendo peligroso el consumo tanto del agua misma como de muchas especies de peces y animales acuáticos; el agotamiento de grandes extensiones de terrenos; etc. Por su parte, los modernos aparatos de medición han permitido comprobar daños más profundos y relativamente invisibles como el hueco en la capa de ozono, el cambio climático global, el efecto invernadero, que está acarreado grandes desórdenes climáticos con efectos destructivos de la naturaleza desbocada tales como inundaciones, seguidas de fuertes sequías. De manera no muy sorprendente se ha visto que las principales consecuencias de los desórdenes ambientales recaen especialmente sobre las zonas pobres del planeta, que son los territorios más vulnerables y desprotegidos.

Ante el triunfo pírrico de las fuerzas de producción sobre la naturaleza, emerge el movimiento de defensa del ambiente, que en sus versiones modernas se combina, en mayor o menor medida, con alternativas relacionadas con la sostenibilidad social. Pero este movimiento no podía aparecer antes, no podía adelantarse a la historia; por tanto, legítimamente, no puede descartarse el pensamiento de conjunto de un

autor o grupo de autores por no haber logrado adelantarse a su época en lo que respecta al análisis de un problema específico.

Por otra parte, la contradicción entre naturaleza y economía se hace evidente en el momento en que se convierte en contradicción política y social. Se puede decir que antes, cuando no había conciencia de los problemas ambientales, era una contradicción latente, pues se imaginaba una carrera incesante hacia el progreso económico. Una vez logrado un inmenso progreso de la técnica y, por consiguiente, de las fuerzas productivas, fue evidente lo patético del triunfo. En ese marco emergen los movimientos de protesta.

Debe tenerse en cuenta que los movimientos proteccionistas ambientalistas nacen con mayor fuerza en el seno de los países de mayor desarrollo económico relativo. Por lo cual se convierten en un problema político al interior de esos países. Es natural que tal movimiento se desarrolle preliminarmente en estos países dado que, en los territorios donde se asientan tienen una mayor acumulación histórica de destrucción ambiental y la conciencia de que muchos de los problemas ambientales son de una causalidad planetaria. Como quiera que sea, el hecho de que surja un movimiento social de carácter ambientalista constituye un factor político importante que deberá ser tenido en cuenta por el capitalismo en el despliegue de su actividad. Es decir, deben incorporarse, con mayor o menor grado de rigurosidad, variables relativas a la conservación ambiental.

Es dentro de esta perspectiva teórico-ideológica que pretende combinar capitalismo con protección ambiental (y en cierta medida también con protección social) que se empezaron a estructurar nuevas estrategias de desarrollo relativo, que se han venido etiquetando bajo los títulos de “ecodesarrollo” o “desarrollo sostenible”. Tales conceptos constituyen una combinación de capitalismo con ecologismo, puesto que parten de aceptar al capitalismo como perspectiva histórica, y suponen que, de alguna manera, la lógica central del capital –la maximización de ganancias– puede combinarse, más o menos armónicamente, con variables proteccionistas del medio ambiente. Esta es la hipótesis central del desarrollo sostenible.

Dentro de las variantes privilegiadas que encarnarían la concreción del llamado desarrollo sostenible se encuentra, precisamente, la del turismo sostenible: una propuesta para conjugar equilibradamente un desarrollo capitalista del turismo con una aceptable protección ambiental y social.

Es necesario subrayar que el turismo, por su propio carácter intrínseco, facilitaría la tarea de la conservación ambiental, pues uno de los grandes recursos de la experiencia turística es precisamente la naturaleza. Dentro del turismo se entiende que el ecoturismo sería una de las grandes expresiones de un turismo equilibrado ambientalmente. En esta variante

de desarrollo, se supone que la fuerza del negocio turístico dispondría de una naturaleza, sino virgen, al menos en recuperación, o bien, ciertas islas de conservación que se concretarían en los parques nacionales³.

Este es el ejercicio teórico que pretende desarrollar esta primera parte del estudio. Se busca estructurar un marco teórico que desagregue el turismo en sus componentes básicos constitutivos.

De este modo, el plan de trabajo que hemos trazado en esta parte de carácter teórica se explicita a continuación.

En primer lugar, profundizar en el polo de la contradicción señalada, esto es, ensayar una conceptualización desde la perspectiva de la noción de “eje de acumulación”. El objetivo consiste en analizar el turismo desde una perspectiva de la economía política.

En segundo lugar, focalizar el análisis en el otro polo de la contradicción, la caracterización de la naturaleza de acuerdo al interés turístico.

Finalmente, abordar la conjunción concreta del encuentro de economía y naturaleza en la arena social, revisando, por consiguiente, las luchas sociales en torno al uso del espacio y la conservación ambiental que determinan las concreciones particulares y reales del concepto de “turismo sostenible”.

3 Los parques nacionales, ocasionalmente, no son más que pequeñas islas de vegetación relativamente conservada en mares de contaminación y destrucción ambiental. Efectivamente, el hecho de que el mar se encuentre contaminado afecta, también, de muchas maneras, a estas “islas”, pues los ecosistemas constituyen sistemas de relaciones que no se pueden delimitar artificialmente por medio de una valla o cerca.